

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

AL DIA

LOS MENDIGOS

Son una actualidad lastimosa y molesta. El transeúnte les teme, el comercio tiembla ante ellos, los pobres vergonzantes los detestan.

Diariamente invaden las calles acosando al que pasa con peticiones plañideras.

Todos tienen para el transeúnte un aspecto familiar. Diariamente los vemos, siempre idénticos, paseando al sol sus miserias como un oriflama, ostentando sus trapos mugrientos, sus rostros escuálidos, sus cuerpos torcidos e incompletos que mueven a compasión al que pasa.

Los mendigos no representan el dolor universal, latente bajo esta capa de riqueza y abundancia con que viste a las ciudades el moderno industrialismo. Son los défitus de todas las clases, los resos de la batalla social, que se resignan a una vida de monadas, llegando a compenetrarse con ella hasta el extremo de no desear cambiarla por otra más digna y sedentaria.

Lepra de la sociedad, carcoma de la civilización, los mendigos abundan en las naciones decadentes. En el Mediodía de Italia forman una nota característica, difícil de olvidar para el extranjero. Mezcla de bandidos y *lazzaronis*, los mendigos napolitanos tienen grandes afinidades con el gilano de Andalucía.

Y España posee esta plaga con abundancia desconsoladora. La limosna, inútil, excitadora de la vagancia, se prodiga entre nosotros con tristes resultados. Nada se re media con socorrer a un mendigo, siempre profesional, que de eso vive y que trafica con sus lacerias como el comerciante con sus géneros. El pobre vergonzante, vencido de la diaria batalla, no pide limosna, y es por eso infinitamente más merecedor de ser consolado y atendido. Pero el pediguero de oficio, la plaga viviente de nuestras ciudades, la nota marroquí que da a nuestras plazas el aspecto de zocos, no debe ser considerado como un desvalido digno de socorro.

En las naciones adelantadas, los mendigos de profesión se recogen en asilos donde se les fuerza a trabajar: é ser útiles, a ganar su

vida con la labor diaria. La sociedad, fuerte y rica suprime la dudiva pequeña é infecunda de la conmiseración pública, y limpia de la tribu mendicante de las ciudades, donde todos se afanan por la conquista del pan.

Nosotros cuando vemos a esos pobres que llenan nuestras calles acosando al transeúnte, pensamos en los asilos francese y suizos, recordamos a los pobres vergonzantes que nadie socorre, porque no se exhiben a la luz, a los obreros sin trabajo, a las víctimas de la injusticia humana, y pasamos en silencio entre la turba harapienta, en la que hay mas vagos que necesitados.

CARIDAD

Tenía Julia á más del poder de su belleza extraordinaria la soberbia de su honradez, mejor dicho, el orgullo con que ostentaba su conducta irreprochable á pesar de la libertad relativa en que se encontraba por su estado de viuda joven y rica.

Por eso aquel día en la tertulia de la condesa, cuando se hablaba de la pobre Margarita, y la dueña de la casa pretendió disculparla fundándose en que cuando domina el corazón sólo sirve el cerebro para mostrar al alma perspectivas de dicha, que aproximan al peligro



LA NIÑA

RAFAELA NOVARRO MARTINEZ

SUBIÓ AL CIELO EN EL DIA DE AYER

A LOS SIETE MESES DE EDAD

Sus desconsolados padres, D. Antonio José Novarro y Doña Ana María Martínez, tios D. Antonio Novarro, Director del Centro Benéfico «La Razón», Doña Josefa, D. Joaquín y demás familia,

Participan á sus numerosos amigos asistan á su entierro que se verificará á las cinco de la tarde del día de hoy, por cuyo favor les quedaran eternamente agradecidos.

Murcia, 28 de Junio de 1904

Casa mortuoria: Victoria, 29.

No se reparten esquelas.

por una especie de sugestión, la implacable Julia sonrió irónicamente, y dijo:

—Efectivamente, algo hay que decir para disculpar esas debilidades, pero...

—Si, si,—dijo la condesa interrumpiendo—ya sabemos que tu corazón es insensible. Estás libre del dolor que el desengaño produce, pero en cambio no has gustado nunca la aventura de amar.

El grupo de contertulios donde esto se hablaba aprobó calurosamente, lo que á Julia hizo mover desdenosamente la cabeza.

Detrás de la condesa, y apoyadas las manos en el sillón de ésta, Diego, su sobrino, miraba atenta y friamente á Julia.

Diego era médico; había terminado poco tiempo antes su carrera, en la que prometía brillar; á la fama de su claro talento se unía la de una prudencia impropia casi de la juventud y una seriedad extremada.

Durante el tiempo que de Margarita se habló allí, no dijo nada; después, al preguntarle su opinión, sonrió ligeramente, escogióse de hombros, y fué á mezclarse á otro grupo donde se hablaba de política...

La condesa, en vísperas del viaje que hacía al Norte de España, daba un baile á sus amigos.

Ya empezado el baile cuando los convidados se cansaban de bailar, bajaban al jardín á respirar el fresco ambiente de aquella noche de Mayo, en que la luz de la luna casi hacía palidecer el brillo de

los focos eléctricos, que iluminaban el jardín con su frío radiar.

Diego fumaba sentado en un banco rústico mirando al cielo distraidamente, sin pensar en nada, cuando se le acercó Julia diciendo:

—Doctor, ¿quieres pasear conmigo?

—Estoy á tus órdenes,—dijo Diego levantándose y tirando el cigarrillo al tiempo que ofrecía el brazo á la guapisima Julia.

—¿Has bailado mucho?—preguntó la viudita.

—Poco y tú?

—Yo, bastante; está la noche hermosa ¿verdad?

—Ciertamente, hermosa, hermosa como tú.

—¿Qué galante! Pero lo dices tan...

—¿Cómo quieres que te lo diga?

—Dime, ¿por qué la otra noche que se hablaba de Margarita, no dijiste tu opinión?

—Pues porque... no la tengo. ¿Quién sabe lo que es capaz de hacer una mujer en un momento dado...?

—Calla, por Dios, Diego, no vayas á hacer la anatomía, dijo Julia sonriendo.

Al cabo de un momento manifestó ella deseos de sentarse. Diego la condujo á un banco que había bajo un árbol cargado de hojas y flores.

En el salón, la orquesta preludiaba un vals, cuyas notas llegaban al sitio aquel llenas del dulzor de servicio.

Diego cogió una mano de Julia y la interrogó con insinuante acento:

—¿Es verdad que no disculpas á Margarita?

La linda viudita no supo qué contestar; quedóse mirando á Diego, cuyos ojos fijos en ella parecían buscar en el fondo de su ser, y se sintió turbada; notó en el corazón una cosa desconocida hasta entonces, y dijo á Diego dulcemente:

—¿Vamos al salón?

Diego, sonriente, y siempre amable, se levantó y presentó el brazo á que ella tímidamente se cogió.

Ya cerca de la entrada se detuvo un momento. Diego, aproximando su boca al oído de Julia, y la dijo en voz baja:

—Dime, Julia, ¿verdad que ya disculpas á Margarita?

La joven pronunció un sí, que más que oír presintió Diego, que era la muerte absoluta de sus intormentes teorías.

Desde entonces, cuando se hablaba delante de ella de la desgraciada Margarita, ó de los extravíos á que el amor conduce, era la primera en decir:

—Caridad, tengamos caridad.

